

EL MURO Y LA SERPIENTE: INMIGRANTES, XENOFOBIAS Y ANSIEDADES NACIONALES EN TIEMPOS DE DONALD TRUMP

The Wall and the Snake: Immigrants, Xenophobia
and National Anxieties in the Trump Era

Silvia Álvarez Curbelo

Universidad de Puerto Rico (EE UU)

Al cumplir sus primeros cien días en la presidencia de Estados Unidos, Donald Trump reiteró su promesa de construir un muro en la frontera sur del país. El prometido muro constituirá un freno a los elementos indeseables que Trump homologa a una serpiente que contamina el ser nacional. En simultáneo, el presidente se niega a asistir a Puerto Rico, que se encuentra al filo de un abismo fiscal y eso ha tenido como consecuencia una creciente emigración a Estados Unidos. El artículo examina el dilema crítico que se plantea a la administración Trump por ser los puertorriqueños ciudadanos norteamericanos al mismo tiempo que sectores de Estados Unidos los ven como una peligrosa otredad latina más.

Palabras clave

Puerto Rico, Donald Trump, muro, inmigrantes, otredad, ciudadanía

About to complete his first one hundred days as president of the United States, Donald Trump reiterated his campaign promise of building a wall in the nation's southern border. The promised wall will stand as an inexpugnable barrier against undesirable aliens that the president characterizes as snakes that contaminate the American body. Simultaneously, president Trump refuses to give a hand to Puerto Rico, a US colonial possession, that is experiencing a dire financial and economic crisis. Hard times had prompted an increase in Puerto Rican migration to the mainland. This article examines the critical dilemma facing the Trump Administration as Puerto Rican «migrants» are US citizens although they are seen by many as yet another dangerous Latino «otherness».

Keywords

Puerto Rico, Donald Trump, wall, immigration, otherness, citizenship

On her way to work one morning
Down the path alongside the lake
A tender hearted woman saw a poor half frozen snake
His pretty colored skin had been all frosted with the dew.
«Poor thing», she cried, «I'll take you in and I'll take care of you».
«Take me in, tender woman,
Take me in for heaven's sake,
Take me in, tender woman», sighed the snake.

She wrapped him up all cozy in a comforter of silk
And laid him by her fireside with some honey and some milk.
She hurried home from work that night and soon as she arrived
She found that pretty snake she'd taken to had been revived.
«Take me in, tender woman,
Take me in for heaven's sake,
Take me in, tender woman», sighed the snake.

She clutched him to her bosom, «You're so beautiful», she cried,
«But if I hadn't brought you in by now you might have died».
She stroked his pretty skin again and kissed and held him tight
Instead of saying thanks, the snake gave her a vicious bite.
«Take me in, tender woman,
Take me in for heaven's sake,
Take me in, tender woman», sighed the snake.

«I saved you», cried the woman
«And you've bitten me, but why?
You know your bite is poisonous and now I'm going to die».
«Oh shut up, silly woman», said the reptile with a grin,
«You knew damn well I was a snake before you took me in.
Take me in, tender woman,
Take me in for heaven's sake,
Take me in, tender woman», sighed the snake.

Oscar Brown, *The Snake* (1963)

Al celebrar sus primeros cien días como presidente –tradicción inventada en 1933 por Franklin Delano Roosevelt (Leuchtenburg, 2009) para dramatizar el paquete legislativo que había logrado aprobar–, Donald Trump reunió a un grupo de entusiastas seguidores en un pueblo carbonero del estado de Pensilvania. A diferencia del presidente que sacó a Estados Unidos de la Gran Depresión y que encabezaría la lucha contra el fascismo, Trump no tenía logro alguno del que vanagloriarse, excepto el nombramiento de un juez conservador para el Tribunal Supremo. Pero a la audiencia no pareció importarle: aplaudieron a rabiar cuando empezó a despotricar contra sus enemigos, que representan obsesiones profundas, psicoanalíticas, en el presidente y, podría argumentarse, en la audiencia misma.

Los decibeles se incrementaron cuando mencionó su promesa estandarte: la construcción de un

muro en la frontera sur del país. Para mi sorpresa, sacó un sobre de su chaqueta y anunció que recitaría un poema de Al Wilson titulado *The Snake*¹. En realidad, no se trataba de un poema, sino de la letra de una canción escrita en 1963 y no por Wilson, que solo la canta. Basada en una fábula de Esopo, narra la historia de una mujer que salva a una serpiente medio muerta y esta termina mordiendo a su protectora. Moraleja: si sabes que una serpiente muerde –lo que está en su naturaleza–, ¿para qué la salvas?, pues te va a morder tan pronto pueda. ¿Por qué leyó Trump la letra de esa canción elevada a poema? Porque es una alegoría perfecta para su xenofobia. No hay animal que represente mejor al inmigrante –sobre todo al de color y al indocumentado que se cuele por el sur– que la

¹ Página consultada el 27 de abril de 2017: [https://en.wikipedia.org/wiki/The_Snake_\(Al_Wilson_song\)](https://en.wikipedia.org/wiki/The_Snake_(Al_Wilson_song))

serpiente rastrera, incapaz de agradecer. Por naturaleza, el inmigrante es un criminal, un asesino. El que protege y salva al inmigrante es un iluso, un tonto.

Esta reflexión se arma desde tres relatos en el fondo íntimamente relacionados: en primer lugar, el protagonismo del tema migratorio en Estados Unidos; segundo, Trump y su insistencia en construir un muro en la frontera con México; y, finalmente, la crisis de Puerto Rico, un territorio colonial de Estados Unidos, y sus repercusiones migratorias. Concentro mi atención en los enmarcados o *frames* que organizan las imágenes y narrativas en torno a dichos ejes y que las sincronizan entre sí.

I. El re-nacimiento de la nación²

El clásico filme de D. W. Griffith *The Birth of a Nation* (1915) propone que Estados Unidos se funda como una nación unificada después de la guerra civil. No porque en ese momento se dé fin a la esclavitud. En la película, el nacimiento de la nación es producto de la pronta reconciliación de blancos del sur y blancos del norte al reconocer la amenazante otredad del negro (ya liberto) y la necesidad de someterlo y subalternarlo.



Figura 1. Página consultada el 28 de agosto de 2016: http://www.nwitimes.com/news/opinion/columnists/doug-ross/doug-ross-the-birth-of-a-nation-and-maybe-a/article_c989012f-6ff6-51cf-8886-64cea4a50bc5.html

En el fondo, ese es el gran miedo de muchos estadounidenses, Trump incluido. La nación blanca

² *Birth of a Nation* es un hito en la historia de la cinematografía, sobre todo por su novedad narratológica que lo distancia de las producciones fragmentadas y episódicas del cine hasta ese momento.

violada por el otro de color. Eso podría explicar el desprecio del nacionalismo blanco por Barack Obama, hijo de una mujer blanca y de un keniano. Por extensión, en los discursos de odio y exclusión en Estados Unidos contra los inmigrantes resulta ya costumbre reconocer, bajo diferentes modalidades de representación o ilustración, la amenaza de la miscegenación (Álvarez Curbelo, 2014).

David Newiert (2009) afirma que Estados Unidos hoy se encuentra amenazado por un parafascismo de carácter muy peligroso. Sus «pasiones movilizadoras» convergen en un *yo/mi grupo* positivo que funge como el polo legítimo, natural, víctima de los intrusos y en peligro de extinción, y un *otro/otro grupo* negativo que funge como el polo ilegítimo, contra natura, sexualmente depredador y peligrosamente activo. Las figuras retóricas e imaginarios con los que se construye el otro inmigrante, sobre todo no blanco e indocumentado, enfatizan su condición descoyuntada con respecto a un pretendido cuerpo nacional homogéneo. Exhiben estas pasiones un sentido apocalíptico respecto al futuro próximo de la sociedad norteamericana y claman por una purificación que les devuelva un país prístino (Álvarez Curbelo, 2009).

Como expone Otto Santa Ana en su clásico *Brown Tide Rising. Metaphors of Latinos in Contemporary American Public Discourse* (2002), el miedo al inmigrante se ha construido tradicionalmente con adjetivaciones ligadas a cataclismos como oleadas, invasiones o inundaciones. En tiempos más recientes, los *frames* favorecidos por la globalización mediática –metástasis, virus, contagios– incorporan otra generación de representaciones –más biopolíticas– para comunicar el terror. En su libro *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias* (2005), Zygmunt Bauman desvela una afinidad entre los inmigrantes –desperdicios en el patio trasero– y los terrores autóctonos:

Los inmigrantes y sobre todo los recién llegados exhalan ese leve olor a vertedero de basuras que, con sus muchos disfraces, ronda las noches de las víctimas potenciales de la creciente vulnerabilidad. Para quienes les odian y detractan, los inmigrantes encarnan –de manera visible, tangible, corporal– el inarticulado, aunque hiriente y doloroso, presentimiento de su propia desechabilidad (Bauman: 78).

No es de extrañar que muchos blancos pobres, poco educados y sin destrezas cotizables para navegar las reconversiones crueles de la globalización resulten ser consumidores sin filtro de discursos extremos que exacerbaban el terror al inmigrante desde la desechabilidad y sean también electores de Trump, como los carboneros de Pensilvania.

Propongo que el debate sobre la inmigración en Estados Unidos se radicaliza a partir de los ataques a

las Torres Gemelas en 2001, constatación de la maldad del globalismo y de los dominios semánticos de la nación como fortaleza; el muro como salvaguarda del país y el inmigrante como terrorista se imponen en el discurso público de la radio de opinión –que en Estados Unidos es casi toda de derecha–, en la cadena Fox News –la más vista por cable– y en muchos de los periódicos de la franquicia Murdoch. Este discurso público resemanizó el muro integrándolo en su arsenal retórico y Trump lo incluyó en su campaña y lo mantiene como *coded word* en su presidencia. Como suele ocurrir ante situaciones límite tales como plagas y asedios, hay que cerrar la ciudad, hay que defenderla a cal y canto.

II. Trump y la obsesión por un muro

La historia nos ofrece un jugoso inventario de muros y huecos. En los relatos fundacionales de la ciudad, el muro comporta un ademán plural. La ciudad es, por un lado, encierro, sutura, autarquía e incesto; sus puertas, un régimen de entradas y salidas controladas. Pero también la apuesta por la ciudad implica apertura, la circulación y los intercambios de bienes materiales y culturales y de gente diversa.

Además, la ciudad –aclamada como un dispositivo de control de la violencia, de la errancia y de los peligros del descampado– es, aporísticamente, el lugar fundacional de la guerra. Paul Virilio nos lo dice en *Pure War* (2008): la ciudad es siempre preparación para la batalla. La representación emblemática de la ciudad antigua es precisamente el



Figura 2. Ataque holandés a Puerto Rico (1625). Museo del Prado.

muro de contención, la muralla defensiva, la muralla de exclusión.

Más que en ningún otro lugar del Imperio español en América, el Caribe hispánico supo de muros. En mi país –Puerto Rico– el signo del asedio discurre a lo largo de quinientos años alimentado por y alimentando terrores profundos: miedo al agua y miedo al extranjero, que precisaban de conjuros de similar potencia, como los muros y fortines que aún ciñen San Juan, ahora en clave turística y patrimonial (Sepúlveda, 1989; Álvarez Curbelo, 2003).

Por mi parte, crecí con la imagen de la *cortina de hierro* (o *telón de acero*), un muro inventado por Winston Churchill en un discurso en la Universidad de Misuri unos meses después de que terminara la Segunda Guerra Mundial y se iniciara la Guerra Fría³. Pronto aparecería una *cortina de bambú* –que no fue tan popular– como representación de China y, por supuesto, el Muro de Berlín. En el mareo de libertad y prosperidad extendida de la posguerra, el primer mundo descalificó el muro del segundo. *Ich ein Berliner o Mr. Gorbachov, tear down that wall* –admoniciones de John F. Kennedy y Ronald Reagan, respectivamente– están dentro de los *sound bytes* más famosos del siglo XX. Cuando le ponemos imágenes a la postmodernidad, con frecuencia desempolvamos del archivo mediático la caída del Muro de Berlín con todo el acompañamiento de cemento con grafitis y música de los Scorpions.

El discurso público de la inmigración como violación de los muros se aferra a la arquitectura de una gran casa imaginada y excepcional que se erigió sobre una roca en el siglo XVIII, mitografía fundacional de Estados Unidos. Levantar un muro que detenga la disolución de la nación en gramática sexualizada es para este discurso la potestad principal del país profundo, retado por el capitalismo globalizante, los excedentes y diversificaciones poblacionales, el multiculturalismo y el terrorismo con cara de islam.

El muro ha renacido como ave fénix de manos de un paleolítico presidente Trump. Uno de los temas cruciales de la campaña presidencial realizada por el entonces candidato fue, sin duda, el relativo a la inmigración indocumentada y al propuesto muro a lo largo de una frontera sur que se acerca a las 3.000 millas. Es más, el anuncio de que el magnate aspiraba a la candidatura republicana a la presidencia –hecho desde una escalera mecánica– tuvo como punto de partida su controvertido comentario de que los mexicanos que cruzaban sin papeles la frontera eran violadores, terroristas y asesinos en su mayoría. El tema tuvo presencia mediática sostenida, especialmente desde su confusa entrevista con el presidente mexicano, Enrique Peña Nieto, en la

³ Página consultada el 2 de febrero de 2017: <http://www.historyplace.com/speeches/ironcurtain.htm>

Ciudad de México en agosto de 2016. Esta propuesta se convirtió en parte del desfile de éxitos del candidato durante sus arengas de campaña. Una vez electo presidente, Trump reiteró que comenzaría de inmediato la construcción del muro y que México la pagaría. Un Peña Nieto asediado internamente por los desaparecidos de Ayotzinapa y otros horrores decidió cancelar la proverbial reunión con el nuevo presidente del país vecino, no sin antes asegurar que México no pagaría nada por el aberrado muro.

En estos momentos, el muro es una promesa complicada para Trump debido a la oposición de los conservadores fiscales dentro del Partido Republicano, ya que su construcción –según los cálculos más optimistas– oscilaría entre los 15.000 y los 20.000 millones de dólares, un incremento insostenible de la deuda pública. Pero mientras tanto hay otros muros sustitutos que Trump adelanta: las órdenes ejecutivas que limitan la entrada de ciudadanos de determinados países; el freno a la contratación de profesionales diestros en ingeniería, tecnologías, medicina y ciencias duras provenientes del extranjero; el aumento en las deportaciones; el endurecimiento burocrático y de vigilancia en los protocolos de visado, tratamiento en aeropuertos e intervención en equipos y redes de comunicación personal; y el incremento del presupuesto nacional en los renglones de defensa, seguridad y militarización fronteriza. Paliativos que apenas le satisfacen y se encuentran bajo escrutinio judicial hasta que la construcción de un muro físico de 20 metros de altura aquiete sus miedos a la serpiente y armonice con su geografía de ombligo.

I want to live in America...

Mi vinculación con Florida, hoy en día el principal destino migratorio para los puertorriqueños, es, en sentido eminente, familiar. Hace veintisiete años, mi hijo mayor, a la sazón un universitario que se formaba como médico, fue a Orlando un verano y se quedó allí imantado por el mundo de oportunidades significado por Disney. Cambió de profesión adecuándola al rostro turístico de la ciudad y se convirtió eventualmente en chef titulado. Orlando es su hogar. A través de su crónica de vida he visto cómo Orlando se transformaba en una ciudad marcada por el predecible Disney World; de un no-lugar a un lugar; de un sitio donde retirados acomodados puertorriqueños compraban casas para sus últimos años a convertirse en una ciudad de la diáspora latina⁴.

⁴ More than half of the growth in the total US population between 2000 and 2010 was because of the increase in the Hispanic po-

Cabe señalar que mi interés por Orlando –aun aquel delineado en clave personal– siempre ha estado acompañado de un interés investigativo. Mi primer viaje a la ciudad fue junto a Eliseo Colón, compañero de muchos viajes en los que la etnografía juega un papel preponderante. Ambos nos aburrimos pronto en el mundo de Disney, pero pudimos constatar –entre Mickeys, Minnies y Epcots que exhibían pseudoantropologías imperiales– lo que leíamos de simulacros y espectáculos en Jean Baudrillard y Guy Debord, y que se había encarnado en la Expo Internacional de Sevilla de 1992 (Colón, 2003), a la que Puerto Rico concurrió con un pabellón simulacro de progreso que hoy yace estrellado en una crisis que parece no tener fin.

Es esa crisis de doble hélice –fiscal y económica– que golpea a Puerto Rico el eslabón más próximo de una secuencia de inestabilidades y movilizaciones sociales y demográficas que ha desplazado a miles de puertorriqueños de la isla a Estados Unidos en una cifra que algunos calculan en cerca de 350.000 entre 2009 y 2015; es decir, un 10% de la población actual de la isla. En el censo de 2010 de Estados Unidos, los ciudadanos de origen puertorriqueño rebasan ya los 5,1 millones. Un cálculo sobrio para el censo de 2020 pone esa cifra en 6 millones. Una buena parte de esos desplazados ha migrado a Orlando, para muchos el lugar que visitaron de niños en pleno encantamiento de reinos mágicos.

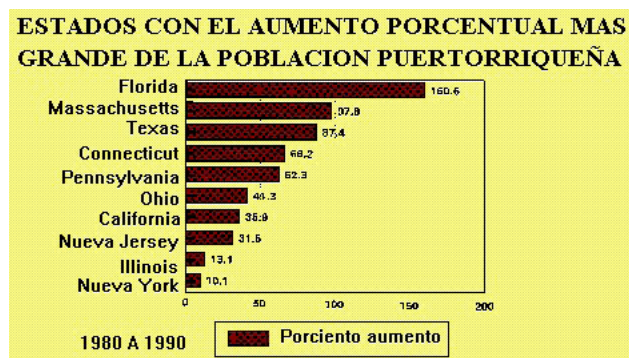
Orlando es una estación, un *hub* [«centro»] migratorio en la crónica de traslados de puertorriqueños a Estados Unidos que se inició tímidamente a partir de la invasión norteamericana de la isla en 1898 y se aceleró a partir del final de la Segunda Guerra Mundial. Fue en aquella posguerra, en la que acometimos una modernización vertiginosa, que la emigración se convirtió en una ineludible válvula de escape. Expulsado por las energías de la modernidad a las ciudades del este de Estados Unidos, el emigrante puertorriqueño asumió en el discurso oficial un rol noble: habría de instalarse en una sociedad cuya savia era la de las afiliaciones fluidas y móviles hacia arriba, como se caracterizaba en aquel entonces a Estados Unidos.

En los años comprendidos entre 1950 y 1960, la cifra neta de personas que emigraron hacia Estados Unidos –según las estadísticas de la Junta de Planificación de Puerto Rico y de la Comisión

pulation. Between 2000 and 2010, the Hispanic population grew by 43 percent, rising from 35.3 million in 2000 to 50.5 million in 2010. The rise in the Hispanic population accounted for more than half of the 27.3 million increase in the total US population. By 2010, Hispanics comprised 16 percent of the total US population of 308.7 million (https://www.census.gov/newsroom/releases/archives/2010_census/cb11-cn125.html).

de Derechos Civiles de Estados Unidos– fue de 460.826 (Dietz, 1986: 284). Solo en el año 1953, abandonaron la isla más puertorriqueños que en los cuarenta y siete años anteriores. En los años sesenta, la cartografía migratoria puertorriqueña, que tenía como norte preferente la ciudad de Nueva York, comenzó a diversificarse. A la altura de los noventa, la Florida albergaba ya la segunda mayor concentración de puertorriqueños continentales en Estados Unidos, que trabajaban no en la agricultura, sino en áreas de servicios y administración (Álvarez Curbelo, 2017).

El censo de 2010 identifica 291.324 personas de origen puertorriqueño como residentes en los condados de Orange, Osceola, Polk y Seminole. En el *cluster* [«grupo»] de Dade, Broward, Palm Beach, 207.727; cerca de Tampa Bay, Hillsborough, Pinellas, Pasco y Hernando, con 143.886. Las geografías de aglomeración residencial son Kissimmee –que ya tiene un congresista de origen puertorriqueño en la Cámara Federal, Darren Soto⁵ y Buenaventura Lakes. Una revisión de la circulación migratoria que habrá de desprenderse del censo de 2020 revelará cambios en las comunidades de acogida. Una canción popular señala que «hay *boricuas* hasta en la luna»; ciertamente los hay en los cincuenta estados de la unión.



Fuente: Junta de Planificación, Oficina del Censo.

El economista José Alameda, citando cifras del Instituto de Estadísticas, señala que «el total emigratorio desde 2006 puede sobrepasar el medio millón de residentes, una cantidad similar a aquella del período 1945-1960» (Alameda, 2017). Para el profesor de la Universidad de Puerto Rico, a diferencia de la emigración por expulsión y desajuste (*push factor*) de la posguerra, esta emigración es, más bien, por atractivo (*pull factor*). ¿A quién atrae irse del país

⁵ Darren Soto fue electo al Congreso por el distrito 9 –que incluye Kissimmee-St. Cloud– en las elecciones generales de 2016, que llevaron a Donald Trump a la presidencia de Estados Unidos.

ahora? A profesionales de clase media con bastante dominio del inglés que aspiran a un orden social con menos incertidumbre en términos de oportunidades de movilidad. A aquellos *millennials* que quieren explorar oportunidades de creatividad y emprendimiento que en Puerto Rico se constriñen por razón de la precariedad económica. No es que no emigren sectores más desaventajados, sino que –por primera vez en la historia del país– hay una gran cantidad de profesionales y poblaciones educadas que emigran, incluidos estudiantes universitarios de la Universidad de Puerto Rico, especialmente de ingenierías, medicina, ciencias de la salud, enfermería, magisterio bilingüe y otras graduaciones en las que Estados Unidos es deficitario.

Estamos en 2017 y la situación en Puerto Rico ha dado un giro copernicano. Si bien fuimos colonia de España durante cuatrocientos cinco años y lo seguimos siendo de Estados Unidos desde 1898, la realidad emergente es que desde este mes de mayo somos oficialmente una colonia en quiebra. Ya el pasado 30 de junio de 2016, el Congreso de Estados Unidos –bajo el cual descansa estatutariamente el poder último sobre nuestro país– había aprobado la ley denominada casi religiosamente PROMESA (acrónimo de *Puerto Rico Oversight, Management and Economic Stability Act*). La ley fue el resultado de la negativa del Congreso a asistir a Puerto Rico en el manejo de su deuda pública, que asciende a 70.000 millones de dólares. Esta negativa fue reiterada por el presidente Trump. En un tuit –forma comunicativa compatible con su vocabulario de párvulo–, señaló que Puerto Rico no podía esperar rescate alguno, especialmente si era para cubrir sus gastos en seguridad social (*El Nuevo Día*, 2017). La quiebra decretada, que pone en manos de una juez de quiebras la autoridad de manejar la gestión de pagos e inversiones sociales, es la solución típicamente neoliberal adoptada para un país que no solo sufre una crisis fiscal, sino también una crisis económica desde el 2006, cuando el soporte de incentivos que permitía atraer inversiones fue derogado finalmente por el propio Congreso.

No entro en los pormenores del nuevo orden colonial que se instala en función de la ley, del cual apenas hemos visto sus primeros gestos, pero sí concluyo señalando los enlaces con la visión antimigratoria del régimen Trump. Parto de la premisa de que un número considerable de individuos y familias especialmente jóvenes abandonarán Puerto Rico como lugar principal de vida y trabajo en los próximos tiempos.

Las ansiedad por una nueva «oleada» migratoria en su versión suave o de un «contagio» en su versión más extrema se nota ya en ciertos gobiernos estatales y municipales de Estados Unidos, a donde tienden a gravitar los puertorriqueños y puerto-

riqueñas. Una pregunta en estos momentos sería: ¿somos los puertorriqueños inmigrantes la otredad mayor –salvo que haya una invasión extraterrestre– o ciudadanos moviéndonos dentro de nuestro mismo país, como lo podría ser una malagueña que se instala en Santander?

Una gran parte de los norteamericanos no sabe que somos ciudadanos de Estados Unidos; de hecho, cumplimos el 2 de marzo de 2017 el primer centenario de la concesión de la ciudadanía estadounidense a los habitantes de Puerto Rico. Por otra parte, la gran mayoría de los puertorriqueños, aun los más rápidos anexionistas, asume Puerto Rico como una patria diferenciada en relación especial con la isla extendida que es la diáspora.

Durante las últimas décadas, el sociólogo Jorge Duany ha provisto los más lúcidos y fundamentados análisis sobre la emigración puertorriqueña hacia Estados Unidos. En un ensayo de 2012, plantea que la diáspora puertorriqueña en la Florida –un lugar donde los cubanos han predominado desde 1960– provee la oportunidad para repensar las identidades culturales en el contexto de relaciones interétnicas complejas (Duany, 2012). Para Duany, la pregunta política crucial sería si los inmigrantes puertorriqueños y sus descendientes –no solo en Florida, sino en todo Estados Unidos– habrán de fraguar alianzas amplias con otros latinos –basadas en sus afinidades geográficas, históricas, lingüísticas y culturales– o afirmarán sus orígenes nacionales y sus conexiones transnacionales con sus patrias de origen, o quizá combinarán las dos estrategias (Duany: 3-4).

En todo caso, ahí está la figura de un muro que condensa la política migratoria de Trump y que seguramente habrá de aplicar a los puertorriqueños y puertorriqueñas que ingresarán con su perfil amenazante de serpiente –a pesar de compartir ciudadanía– en la nación blanca, prístina y excepcional cartografiada desde el miedo, la xenofobia y las ansiedades nacionales.

Fuentes y bibliografía

- Alameda, J. (2017): «Los costos económicos de la emigración», en *El Nuevo Día*, 17 de abril, p. 32.
- Álvarez Curbelo, S. (2017): «Orlando furioso: una historia diaspórica». Lima (Perú): LASA Congress (sin publicar).
- (2014): «Razas de barro: el discurso mediático de Fox News y el miedo a la disolución de Estados Unidos», en Batista Cardoso, J.; Karam, T.; y Casaqui, V. *Discurso y comunicación*. São Caetano do Sul (Brasil): CLACSO/Universidade Municipal de São Caetano do Sul.
- (2009): «La frontera como escena del crimen: equivalencias retóricas entre frontera y muerte en el discurso mediático de Lou Dobbs», ponencia presentada en el panel *Latino Representations in Media*. Río de Janeiro (Brasil): LASA Congress (sin publicar).
- (2006): «The Hole in the Border Rhetoric. Equivalencias retóricas entre terrorismo e inmigración en el discurso mediático norteamericano», ponencia presentada en el panel *Las retóricas de la seguridad y la geopolítica de la diferencia*. San Juan (Puerto Rico): LASA Congress (sin publicar).
- (2003): «Que te coge el holandés: miedos y conjuros en la ciudad de San Juan», en Muñoz, B., y Spitta, S. (eds.). *Más allá de la ciudad letrada: crónicas y espacios urbanos*. Pittsburgh: Biblioteca de América.
- Bauman, Z. (2005): *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*. Barcelona: Paidós.
- Colón, E. (2003): «Expo 92 y la construcción de la historia: siete fragmentos para una crónica de verano», en *Medios mixtos. Ensayos de comunicación y cultura*. San Juan: Plaza Mayor.
- Dietz, J. (1986): *Economic History of Puerto Rico. Institutional Change and Capitalist Development*. Nueva Jersey: Princeton University Press.
- Duany, J. (2012): «Mickey Ricans? The Recent Puerto Rican Diaspora to Florida», ponencia en Florida's Hispanic Heritage. Tampa: Institute for the Study of Latin America and the Caribbean, University of South Florida.
- El Nuevo Día (2017): «Insultante ataque de Trump a nuestro pueblo» (editorial), en *El Nuevo Día*, 28 de abril, p. 52.
- Leuchtenburg, W. E. (2009): *Franklin D. Roosevelt and the New Deal 1932-1940*. Nueva York: Harper Perennial.
- Newiert, D. (2009): *The Eliminationists. How Hate Talk Radicalized the American Right*. California: PoliPoint Press.
- Santa Ana, O. (2002): *Brown Tide Rising. Metaphors of Latinos in Contemporary American Public Discourse*. Austin: University of Texas Press.
- Sepúlveda, A. (1989): *San Juan. Historia ilustrada de su desarrollo urbano, 1508-1898*. San Juan: Carimar.
- Virilio, P. (2008): *Pure War*. Boston: The MIT Press.